

The graphic design features a series of concentric rectangles on the left side, creating a frame-like effect. To the right of these rectangles is a vertical bar code consisting of several thick, parallel black bars of varying heights. The text is arranged within and around these elements.

COMENTARIOS
A LA
ORDENACION
GENERAL DE LA
LITURGIA DE LAS HORAS

I. LA ORACION DE CRISTO

CRISTO ORA AL PADRE

3. *Cuando Cristo Jesús, el Verbo que procede del Padre como reflejo de su gloria, vino en su cualidad de Sumo y eterno sacerdote de la Nueva Alianza para comunicar a los hombres la vida de Dios, asumiendo para ello la naturaleza humana, "introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta eternamente en las moradas celestiales" (Sacr. Conc., n. 83). Desde entonces la alabanza a Dios resuena en el corazón de Cristo con palabras humanas de adoración, propiciación e intercesión. Y esta oración de Cristo, cabeza de la nueva humanidad y mediador entre Dios y los hombres, él la presenta al Padre en nombre y en beneficio de todos sus hermanos.*

En los apartados que hemos comentado hasta el presente la OGLH ha presentado lo que podríamos llamar "la fenomenología de la oración eclesial", es decir, aquellos aspectos visibles que pue-

de fácilmente comprobar cualquiera que observe la vida de la comunidad cristiana: el hecho, sobre todo de que por una parte la oración eclesial ha existido siempre y por otra que sus formas externas se han ido desarrollando a través de los tiempos y han ido tomando estructuras y expresividades diversas.

A partir de ahora y hasta el n. 33, nuestro documento aborda otro tema, sin duda el de mayor importancia de toda la OGLH: se trata de profundizar en lo que podríamos llamar "el ser mismo de la oración de la Iglesia" (Cf. Oración de las Horas, n. 42-43, pp. 125-127) o, si se quiere decir con palabras de la Constitución Conciliar de Liturgia, clarificar cual sea el contenido de "la parte esencial e inmutable, por ser de institución divina" (n. 21) de la Liturgia de las Horas y explicar sus principales aspectos.

Esta presentación de los elementos esenciales de la oración cristiana empieza por una afirmación fundamental: la de que Cristo *introdujo* en el mundo un nuevo modo de orar. Si *introdujo* un nuevo modo de orar hay que decir que esta oración introducida por Cristo o era hasta entonces desconocida incluso por los más piadosos e iluminados de los hombres o que por lo menos no era ni conocida ni realizada con aquella plenitud a que Cristo la elevó. Esta frase contiene, pues, el enunciado de lo que podríamos llamar "originalidad de la oración cristiana". Es verdad que "en todos los tiempos los hombres piadosos oraron reconociendo y confesando el dominio del Creador" (OGLH, n. 6); es también verdad que todavía hoy todo hombre recto recurre espontáneamente a Dios, tanto si este hombre es cristiano como si pertenece a otras confesiones religiosas o sigue simplemente los dictámenes de su razón. Pero la oración cristiana no se limita a esta oración que podríamos llamar "natural". Además de ella y por encima de ella hay para los cristianos un nuevo y más excelente modo de orar: aquel que Dios mismo ha mostrado al hombre en la revelación y que Cristo llevó a plenitud "al introducir en este exilio terrestre" el himno nuevo que sólo él podía inaugurar.

Nuestro texto, en el inciso que comentamos, habla directamente de la oración *personal* de Cristo hombre; pero hay que tener presente que esta alusión a la oración de Cristo se hace aquí *como preámbulo* a lo que se dirá más tarde, en el número 7, con respecto a la oración de la Iglesia. Es decir, si aquí se habla de la oración personal de Cristo esto se hace porque esta oración de Cristo se continúa en la Iglesia. Por ello la novedad de la oración que Cristo introduce en el mundo comporta la novedad de la oración cristiana; la oración cristiana es por consiguiente una oración fundamentalmente original, una plegaria que no nace espontáneamente del hombre ni puede realizarse independientemente de Cristo que ora en nosotros y con nosotros.

Este principio es importante y rico en consecuencias para la oración litúrgica: es natural que el cristiano sienta también espontáneamente el deseo de hacer de *su* oración la expresión de *sus* sentimientos, *sus* actitudes y *sus* deseos ante Dios; es comprensible que desee orar al Padre como oraron también “en todos los tiempos los hombres piadosos” (OGLH, n. 6); esto es legítimo y el cristiano no debe olvidarlo; pero *además* de esta oración y *por encima* de ella el cristiano debe imbuirse de la nueva manera de orar que Cristo ha introducido en el mundo, aunque para ello sea necesario hacerse una cierta violencia que le eleve por encima de sus maneras humanas y lo coloque a la altura de la misma oración de Cristo. Por ello no es posible una oración plenamente cristiana sin que el que ora por una parte se abnegue a sí mismo y por otra se esfuerce en abrir su espíritu a la contemplación, sobre todo a través de aquellos textos en los que Dios mismo, como decía San Agustín, ha querido alabarse a sí mismo —dándonos como un panorama de la historia de sus maravillas— para que nosotros al contemplar en la Escritura y especialmente en los salmos sus maravillas, pudiéramos alabarle y dirigirnos a él no sólo con nuestros conceptos humanos sino con aquel himno que Cristo mismo hizo resonar en el mundo como “cabeza de la nueva humanidad” (1).

Tener presente esta “originalidad” fundamental de la oración

cristiana, este hecho de que la oración eclesial no nace espontánea de cada uno de los participantes sino que fundamentalmente nos viene dada de arriba es algo que, si se tiene presente, obviará muchas de las dificultades que pueden encontrarse en la oración litúrgica: cuando a veces los textos no acaban de acomodarse a los sentimientos y maneras de ver propios hay que recordar que esta oración, elevándonos por encima de nosotros mismos, nos pone en comunión con “aquel himno que Cristo introdujo en este exilio”; cuando algunas de las fórmulas parezcan difíciles, en lugar de buscar otras oraciones más cercanas a nuestro modo de orar hay que procurar más bien “elevarse” hacia la oración que Dios nos reveló y Cristo llevó a plenitud “cuando vino para comunicar a los hombres la vida de Dios, (OGLH, n. 3); hay que intentar penetrar contemplativa y pausadamente en el sentido de las palabras que nos vienen dadas de arriba, más que sustituirlas por otras de carácter simplemente humano. En esto consiste principalmente nuestra incorporación al himno que Cristo introdujo en este exilio terrestre, en esto estriba en gran parte la originalidad de la oración cristiana.

PEDRO FARNES, pbro.

NOTA:

- (1) Para que Dios pudiera ser alabado perfectamente por el hombre, Dios se alabó primero a sí mismo; y porque se digno alabarle a sí mismo, por lo mismo el hombre encuentra el modo de alabarse debidamente. (Enarraciones sobre los salmos, Salmo 144, n. 1).